

VIGILIAS DEL ESTIO.

PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta
Su modesto fanal la tibia luna,
Y con sus tintas de misterio encanta
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece
En la estension del campo solitario,
Que se acerca ó se va, que mengua ó crece,
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso día
De julio abrasador, que el alma enerva
Cuando en lugar de luz rayos envía
Que agostan flores, árboles y yerba!

Se ensancha el corazón: el alma sube
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,
Y de astro en astro va, de nube en nube,
Hasta que clara inspiración la alumbrara.

Y esa es la mía: en la nocturna vela
De julio ardiente, el pensamiento mío
Con noble inspiración se encumbra y vuela;
Y estas son mis *Vigilias del Estio*.

Nada profano hay en ellas,
Lector, no hay en sus renglones
Mas que viejas tradiciones
Y acaso fábulas bellas.

No tienen mas intención
Que hacer humilde memoria
De nuestra pasada historia,
De nuestra fé y religión.

Y abrevio anuncios prolijos.
Lector, dar puedes en suma
Cuanto salga de mi pluma
A tu muger y á tus hijos.
¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impío* ni *extrangero*

Que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo nació español.

JOSÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO

DON CARLOS LATORRE.

JOSÉ ZORRILLA.

EL TALISMÁN

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro
A la hermosa Valentina:
Correspóndele ella fina,
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media
Viejo y zeloso un tutor,
Y al cabo vendrá su amor
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,
Y poderoso en la corte,
No hay empresa que no aborte
Como en ello esté empeñado,

Toda Sevilla respeta
Su ciencia, y teme su enojo:
Que es el viejo hombre de arrojo,
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,
Y harto hipócrita exterior,
Es un hombre superior
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
Y el populacho le acata,

Que es de cuna (hablando en plata)
Columpiada en la bajeza,

Y á su genio emprendedor
Y á su ingenio y travesura
Debe el verse en tal altura
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
Por enemigo estos mozos,
Y que agua todos sus gozos,
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,
Y él á perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,
Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones
Imaginan los mancebos,
Tanto el tutor halla nuevos
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
Y el aya avizor elude,
Luego á cerrársela acude
La cócora de la vieja.

Si al volver del Arenal
Por desgracia se hace noche,
La llevan dentro del coche,
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque
Todo el calor de Sevilla,
No haya miedo que el golilla
Junto al vidrio la coloque.

Jamás del uno se aparta,
Ni deja el otro la dueña,
Que puede hacer una seña,
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
La guarda el viejo y la esconde,
No encuentra lugar en donde
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
Muda casa, mas se aburre,
Pues por mucho que discurre
Jamás consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina
Seguro en algun rincón,

Alcanza desde un balcón
A Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios,
En Valentina le asombra:
Luego el mozo es una sombra
Siempre de ella y del en pos.

Y no hay medio de ahuyentarlo,
Pues son inútiles trazas
Las súplicas y amenazas
Con que ha querido ganarlo.

De sus amagos y ofertas
Sin temor y sin deseo,
Pónele el mozo bloqueo
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
De sus tretas y asechanzas;
Las mas justas esperanzas
No llegan á realizarse.

Con negra intención traidora
Y de su toga al amparo,
Piensa el golilla en Genaro:
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
Osó una tarde de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo,
Al oír una repulsa
Juróla con voz convulsa,
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante
Hasta que á su amor sucumba,
O abrirla una misma tumba
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella
Valentina enamorada
Cada vez mas empeñada
Siguió sin temor su estrella,

Y un día y otro pasaba,
Y siempre que él la pedía
Respuesta á su amor, oía
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,
Y él en perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,

Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
A la hermosa Valentina,
Mas el pagarle tan fina
Tal vez la cueste muy caro.

I.

Poseía no lejos de Sevilla
El tutor una quinta retirada
Y alegre á maravilla,
De olivos y naranjos rodeada,
Con un fresco jardín embellecida,
Con prolijo primor enriquecida
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos
De Valentina hermosa,
Pensó acabar con sus amantes bríos
En estrecha prision, larga y penosa.
La niña temerosa
A sus solas lloró su desventura,
Mas cobró en su retiro fortaleza.
La fé de su pasión, y mas segura
Ahondó raíces con mayor firmeza.
Cada día el tutor mas apretaba
La molesta estrechez en que yacía,
Pero mas firme cada vez la hallaba
Y mas enamorada cada día.

Y á través de las rejas
A su Genaro enviaba Valentina
Sus amorosas quejas,
En alas de la errante golondrina
Que colgaba su nido
En el hueco roído
De unas paredes viejas;
Teniendo en su prision por compañeros
Los pájaros del aire
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y día
A Genaro de sus rejas esperaba,
Genaro no venía,
Que su cuita y su cárcel no sabía,
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
Pálidas con el llanto sus mejillas,
Y el coral mustio de sus labios rojos,
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos
Las lejanas estrellas amarillas:
Y á manos de su duelo y amargura
Se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:
Radiaba en ella espléndida la luna
Y su diáfana luz reverberaba

En el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos á lo lejos
Por la estension del campo solitaria
En la varia ilusion de sus reflejos,
Que iluminaban la campiña varia:
Y allá se distinguía
Por la fértil llanura
Del granado y naranjo la verdura,
Y el campo igual, voluble y amarillo
De la pajiza mies ya sazónada,
Y mucha parte en haces preparada
Para el áspero trillo,
Que de la caña inútil
Va á separar el grano
Ausiliado del céfiro liviano.

Lloraba como siempre su destino
La niña enamorada,
Los ojos de Sevilla en el camino,
Y en su Genaro el ánima estasiada:
Y así con triste acento

Baba sus ayes al nocturno viento:
« ¡Triste de mí que lloro
« Sin que mis ayes lleguen
« Al corazon que adoro!
« ¡Triste de mí, que me lamento en vano!
« Paloma cuyo arrullo dolorido
« Llama á su blanco esposo, que ha caído
« De oculto cazador bajo la mano
« Muy lejos de su amor y de su nido.
« ¡Triste de mí que imploro
« Ayuda de quien amo,
« Y sordo á mi reclamo
« Aun si me escucha ignoro!
« ¡Triste, triste de mí, que á solas lloro
« Sin que mis ayes lleguen
« Al corazon que adoro! »

Y aquí llegaba de su amarga queja
Cuando, á través de la cruzada reja
Y entre la sombra oscura
Que el olivar cobija en su espesura,
Cual blanca aparicion consoladora,
Llegar bajo sus rejas vió á deshora
Recatada de un hombre la figura.
Latió su corazon al percibirle
Con doble libertad y doble vida,
Y entre sus hierros con afán asida
Los brazos le tendió por recibirle;
Que ya la dijo el corazon bien claro
Que aquella aparicion es su Genaro.

Valentina. ¡Cuánto por verte suspiré,
amor mio!

Genaro. ¡Y yo cuánto corri por encontrar-
trarte!

Valentina. Yo no pensaba mas que en tu
desvío.

Genaro. Y yo en nada pensé mas que en
salvarte.

Valentina. ¿Me amas, Genaro, aun?

Genaro. Mas que á mi vida,
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,
Diérala alegre yo por bien perdida
Por aborrrarte, mi bien, solo un suspiro.

Valentina. ¡Pobre Genaro! ¡y yo que
imaginaba

Que tu amor hácia mí se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
No fué desconfianza en tu cariño,
Fué mi desolacion, fué mi amargura.

Genaro. ¡O Valentina mía!
Si no me amaras tú cual yo te adoro
No acertara á vivir un solo día.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro:
Tú, Valentina bella,
Eres la blanca estrella
Que mi esperanza por la tierra guia.
Si, tras de tí camino noche y día,
Postrándome á besar tu casta huella.

Valentina. Ni yo puedo sin verte
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,
Que yo la doy tambien por bien perdida
Si no la he de gozar para quererte.

Genaro. Pues bien, si no hay fortuna
Sin mi amor para tí, ni lisonjera
Sin mí no alcanzas existencia alguna,
Huye conmigo á la ocasion primera.
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera
Si mi contraria suerte
Mas venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
Nada puedo ofrecerte,
Mi Valentina, mas que idolatrarte.
Y amarte como á Dios hasta la muerte.
Harto, hermosa, lo lloro,
Mas tal es mi fortuna, á pesar mio,
Y mi destino tal; vivo y te adoro,
Y de la suerte con tu amor me rio.

Valentina. Si, bien dices, Genaro,
Tienes razon, mi corazon es tuyo.
De mi tutor avaro
En la ocasion primera
Libre contigo donde quieras huyo.

Genaro. ¡Oh tal resolucion...!

Valentina. Genaro mio,
Ya no puedo arrostrar mi desventura.
Callártela queria,
Mas imposible es ya, porque desgarrar
Tan amargo pesar el alma mia.
Sabe, Genaro, que el infame viejo,
No satisfecho con gozar mi herencia
Que administra sin tino y sin consejo,
Aun tiene la insolencia
De ofrecermé un amor que me destroza
Las entrañas de rabia y de pavora;
Y paga mis desaires con usura,

Y en mis pesares con furor se goza.

Genaro. ¡Esto, cielo piadoso,
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;
Aun me quedan amigos
Que, pobres como yo, pero valientes,
De mi pesar y de mi amor testigos
Aun querrán ayudarme diligentes.
¿Hay alguna ventana

Que al campo dé, sin rejas que la guarden?
Valentina. Una hay, pero es, Genaro,
empresa vana,

Porque es de un aposento
Cuyo paso me impide gruesa puerta,
Que solo cada día, y un momento,
Se ve una vez por mi tutor abierta.

Genaro. No importa, di cuál es, que ya
habrá medio

De romperla ó abrirla,
Que á todo estoy resuelto y decidido.

Valentina. Desde ese estanque puedes
percibirla.

Genaro. Sin entrar al jardín puedo es-
calarla,

Y si me aguardas tú junto á esta puerta,
Yo medio inventaré de franquearla.

Valentina. ¡Oh sálvame, Genaro!
Por amor de tu madre, si la tienes,
Por cuanto tengas en el mundo caro.

Genaro. Si, Valentina, si en mi amor
confías,

Mañana mismo en la callada noche
O á manos, sí, de las industrias mías,
O á la fuerza sinó salvarte espero.
Conozco á un capitan de una fragata,
Amigo fiel y noble caballero,
Que á bordo admitirá dos desdichados:
Y el suelo de la Italia protectora
Se abrirá á dos amantes espatriados;
Que á la Italia arribar será en buenhora.
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,
O la honrada fortuna del soldado,
O la fortuna espléndida de Apeles:
Que todo con tu amor será sobrado.

Sonó en esto una llave, y percibiendo
Por las junturas, luz de una ventana,
Fuése Genaro á la espesura huyendo,
Diciéndose los dos: « Hasta mañana. »

Quien en el cuarto entró de Valentina
Fué su tutor, el juez; porque Genaro,
Acechando á favor de la espesura,
En la ventana vió clara y distinta
Aparecer del viejo la figura.
Vióla tender los brazos,
Y cerrar las vidrieras,
Y la luz interior ir á pedazos

Menguando, al entornarse las maderas.
 Vió la luz á través de las junturas
 Largo tiempo brillar, y oyó acercándose
 La voz del juez inteligible apenas,
 Ora con voces de dureza llenas
 Creciendo, ora en murmullos apagándose.
 Oyó á la niña replicar á veces,
 Y otras quejarse y prorumpir en llanto,
 Mas no entendió, por mas que estuvo atento,
 Lo que dentro pasó del aposento.
 Mil veces quiso de su escucha en tanto
 Su secreto romper sin miramiento;
 Mil veces, al oír de Valentina
 El angustiado acento,
 Su corazón anduvo
 Entre el miedo y la cólera indeciso,
 Y al jardín de saltar tentado estuvo
 La mansión asaltando de improviso.
 Quedó en silencio al fin el aposento,
 Faltó la luz de adentro, y no escuchando
 Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido,
 El infeliz galán fué alejando,
 Recordando el acento dolorido
 Con que su amada hermosa
 Le dijo congojada y afanosa :
 « ¡Ay, sálvame, Genaro,
 « Por amor de tu madre, si la tienes,
 « Por cuanto tengas en el mundo caro ! »
 Y á este recuerdo los amantes ojos
 Tornando á la ventana,
 « Sí, dijo el triste, volveré mañana. »

II.

Está la siguiente noche
 Encapotada y oscura,
 Veladas entre nublados
 Las estrellas y la luna.
 Yace la quinta en silencio,
 Y no penetra ni alumbra
 El resplandor mas escaso
 De alguna lámpara turbia,
 Ni de una puerta el encaje,
 Ni las estrechas junturas
 De una ventana, que en sombra
 Todo en redor se sepulta.
 Oyese solo el murmullo
 Con que en las ramas susurran
 Las ráfagas desiguales,
 Que los olivares cruzan.
 De la chicharra el chirrido
 Allá á lo lejos se escucha,
 Que la tormenta vecina
 Con áspero canto anuncia :
 Y el eco sordo y lejano
 Del trueno, que en las alturas
 De nube en nube se arrastra,
 De nube en nube retumba.

Allá en el negro horizonte
 Por dó la tormenta surge
 De cuando en cuando un relámpago
 Se inflama con luz sulfúrea.
 Y á su esplendor fugitivo
 Se aclaran en la llanura
 Cuantos objetos la llenan
 En muchedumbre confusa.
 La media noche sonaba,
 Y comenzaba la lluvia,
 Cuando dejaba Genaro
 Del olivar la espesura,
 Seguido de dos mancebos
 Que hicieron su causa mutua,
 Resueltos á poner cabo
 A la mas ardua aventura.
 Valientes como él son ambos
 Y como él desde la cuna,
 Sin mas apoyo en el mundo
 Que su espada y su bravura;
 Sin mas porvenir que el tiempo,
 Ni otra hacienda que la tumba,
 Mas dignos como él entrambos
 De mas pródiga fortuna.
 Con cautelosa prudencia
 Pisando la tierra húmeda,
 Hasta el estanque llegaron
 Que con la casa se junta.
 Sobre él daba una ventana,
 Ni baja, ni á tanta altura
 Que no pudiera salvarse
 Aunque difícil y mucha.
 Aquí saltando su capa
 Y colgando á su cintura
 Sus preparadas pistolas,
 Genaro un punto calcula
 Con la distancia, sus fuerzas,
 Se empina, se encoje, duda,
 Y abalanzándose osado
 Salta por fin y se oculta.
 Quedó otra vez en silencio
 La escena en la sombra muda,
 Y afuera los dos amigos
 Nada oyen por mas que escuchan.
 En tanto á solas Genaro
 En las tinieblas procura
 Dar con puerta que le guie
 A encontrar con lo que busca.
 Dentro de su pecho late
 Con agonía profunda
 Su corazón, á quien negros
 Presentimientos asustan.
 Las solitarias estancias
 El ruido menor nó turba,
 Ni escasa las ilumina
 La lamparilla mas mustia.
 El aire que á bocanadas
 Por los aposentos zumba

Y que la cara le azota
 Claramente le asegura
 De que las puertas abiertas
 Están; y parece en suma
 Que está desierta la quinta,
 Y su esperanza difunta.
 Llamar á veces intenta
 A los de fuera en su ayuda,
 Mas teme engañarse, y teme
 Que sus voces le descubran.
 Con planta perdida mide
 Toda la estancia que ocupa,
 Todas las paredes toca,
 Todos los trechos calcula.
 Dió al fin con un picaporte :
 Alzale con tiento, empuja,
 Cede la puerta, y á tientas
 Pasa el dintel, y ¡oh ventura!
 Por una abierta ventana
 Se asoma, y mucho se ofusca,
 O es la del mismo aposento
 Que á su Valentina oculta.
 Sí, reconoce las rejas,
 Y la encrucijada curva,
 Que hasta el olivar conduce,
 Y que protegió su fuga
 Cuando en la noche anterior
 En su visita nocturna,
 Sus pláticas la llegada
 Del tutor rompió importuna.
 ¿Mas cómo allí no le espera
 Su amor? ¿será que rehusa
 Valentina el pronto amparo
 Que de él invocó en su angustia?
 « Valentina, ¿dónde estás?
 No me conoces? » pregunta
 En la oscuridad Genaro :
 Mas su corazón se turba,
 Y sus rodillas flaquean,
 Y de desconsuelo suda
 Al ver que su voz no tiene
 Correspondencia ninguna.
 « ¡ Valentina mía ! » esclama
 Con desolada amargura,
 « ¡ Valentina mía !... » y solo
 Mía los ecos retumban.
 Los brazos tiende en la sombra,
 Y se avanza á la ventura,
 Mas nadie se arroja en ellos,
 Nadie le responde nunca.
 Brilló un relámpago acaso,
 Y á su rápida y sulfúrea
 Llamada, hirió un objeto
 Sus ojos, que el llanto nubla.
 Tendió las manos al sitio
 Donde le vió, y ropas húmedas
 Tocó de un lecho, y un brazo
 De muger. — Le asió convulsa

Su mano... ¡ Dios infinito !
 ¿ No hay un rayo que reduzca
 Un desdichado á ceniza
 Cuando tal cáliz apura?
 Aquel brazo frio asiendo,
 El cuerpo á que se une busca,
 Mas al arribar sus manos
 A la garganta desnuda,
 Cayó Genaro en el suelo
 Sin sentidos que le acudan,
 Porque no halló la cabeza
 Al tronco sangriento junta.

Pasaba en tanto la noche
 Y el agua caía á mares,
 El espantoso nublado
 Sobre la tierra rasgándose.
 Cansados ya los amigos
 De Genaro de esperarle,
 Y viendo que el tiempo corre,
 Y de la quinta no sale,
 Por la ventana preparon
 En voz prudente llamándole.
 Mas viendo con harto asombro
 Que no les responde nadie,
 Asiendo de una linterna
 Que al caso dispuesta traen,
 Diéronla luz y se entraron
 El aposento adelante.
 Todos estaban desiertos ;
 Todas las puertas sin llaves ;
 Todo por tierra en desórden
 El ostentoso mueblaje ;
 Muchas cerraduras rotas,
 Y rotos muchos cristales.
 Todo mostraba en la quinta
 De algun reciente pillaje
 O algun siniestro atentado
 Las evidentes señales.
 Mas ¡ cuánto fué de los mozos
 El horror de intenso y grande
 Al dar tras de pocos pasos
 En un cuarto donde yace
 Genaro tendido en tierra
 Y el suelo nadando en sangre.
 Y en una alcoba en un lecho
 De una muger el cadáver !
 El cuadro de su ignominia
 Si les achacan el lance
 Fué la idea que en su mente
 Vino primero á aclararse.
 No era el amor de Genaro
 Allí lo mas importante,
 No era su vida ó su muerte
 El resultado mas grave :
 Era su honor, pues si al cabo
 Por ladrones les tomase,

Pagaran en un patibulo
Lo que en sus almas no cabe.
Asieron pues de Genaro
Por un resto bien laudable
De una amistad generosa,
Mas que de poco les vale :
Porque no bien se inclinaron
En brazos para elevarle
(Pues ni se mueve ni alienta),
Cuando á las voces de ¡infames!
De ¡asesinos! y ¡ladrones!
¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!
El aposento asaltaron
Domésticos y jayanes,
Con hoces y podaderas,
Con asadores y sables.
Sin que pudieran valerse,
La multitud de ellos ase,
De maldiciones é injurias
Y de improperios llenádoles.
El crimen lamentan unos,
Claman otros por vengarle,
Y por dó quiera retumban
Rezoes, juramentos, ayes.
Volvió Genaro á la vida
Con el tumulto un instante;
Cercáronle al punto todos,
Y él que ni entiende, ni sabe
Lo que pasa en torno suyo,
Con absortos ademanes
Miró, y con ojos estúpidos
En silencio á todas partes.
« ¿Y VALENTINA? » este nombre
De su duelo única frase,
Recuerda á todos á un tiempo
Todo el horror de aquel trance.
« ¡Mira! » dijo el juez cogiéndole
De las manos, y arrastrándole
De su pupila hasta el lecho,
« ¡Mira tu obra, miserable! »
« ¡Dios mio! » exclamó Genaro
Con la cabeza abrazándose
De su hermosa Valentina
Que el juez le puso delante :
« ¡Dios mio! » exclamó, y con ella
Segunda vez desplomándose
Quedó al pié sin movimiento
Del destroncado cadáver.
Brilló una sonrisa horrible,
Aunque imperceptible casi,
Sobre los trémulos labios
Del tutor, y señalándole
Dijo : « Del crimen, señores,
Las pruebas están palpables :
Horrorízale esa muerte,
Pues la conocé, la sabe. »

¡Tal es la justicia humana,
Los juicios del hombre tales!
La luz del próximo sol,
Por mas radiante que sale,
No pudo á los tres amigos
Iluminar el semblante,
Porque sus rayos no llegan
Al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza
De la fé y la razon de su inocencia ;
Mas ¡ay! de la justicia en la balanza
Poco pesa por cierto la conciencia.

Nada los dos del lance han comprendido,
Nada responderán, pues nada saben :
Lo que han visto dirán, lo que han oído,
Mas no habrá á quien agraven
El crimen cometido.

¡A Genaro! ¡imposible! la adoraba,
Mas luz ni pensamiento no tenia ;
Solo en ella pensaba,
A ella tan solo por dó quier veía.

Mas ¿qué ha de responder, pobre insensato
A quien la luz de la razon no asiste?
¿Qué ha de decir el triste
Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina
Mas que el nombre fatal de Valentina?
Sus ojos con estúpida mirada
Dó quiera que los fija se mantienen,
Y ni mira, ni ve, ni piensa nada.

Solo un objeto que en su mente vive
Sus ojos y su mente ante sí tienen,
Que su sér y su luz de ellos recibe :
La pálida y castísima cabeza
De aquella idolatrada Valentina,
Siempre de amor tesoro y de belleza,
Objeto ; ay Dios! de su mortal tristeza,
Pero siempre á sus ojos peregrina.

El rápido y terrible
Trastorno universal de sus ideas,
Solo este objeto le dejó visible,
Y aquel contorno pálido y sangriento,
Aquel rostro agostado y macilento
Tan solo á sus sentidos perceptible,
Es la oculta razon de su demencia,
Y el móvil de su misera existencia.

Ya ante su vista, como blanco sueño,
Benéfica vision consoladora,
Se presenta risueño,
Y el pobre loco en su ilusion la adora.

Ya, cual sombra fatidica enojada
En las nocturnas horas evocada,
De Genaro á los ojos se presenta,
En roncas voces demandando airada
De su venganza dolorosa cuenta :
Y ante ella el pobre loco prosternado,

Contemplando su sangre horrorizado,
Se agita y se amedrenta.
Y los ayes que exhala en su despecho
El angustiado mozo,
Estremeciendo el cóncavo y estrecho
Y oscuro calabozo,
Llegan del carcelero hasta el oído,
Que á su voz suspirando estremecido
Compadece su afan desde su lecho.
En vano á recio poste maniatado,
De sus amigos por piedad velado
Está continuamente,
Mas fiero cada día y mas demente
Se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
Declaracion verídica y sucinta
De la fatal historia de la quinta ;
Por mas que repitieronle mil veces
La idéntica pregunta
Nunca mas respondió que insensateces,
Y de ellas nada el tribunal barrunta ;
Nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
A su bella y perdida Valentina,
Ante él evoca su tremenda sombra,
Y el infeliz Genaro en el instante,
A su nombre funesto enloqueciendo,
Con sus gritos la sala ensordeciendo,
Con su ademan y gesto delirante
Demuestra lo que su alma está sufriendo :
Y de su amada en su ilusion amante
La cabeza fatal tiene delante.
Los jueces, de su mal enternecidos,
Compasivos le absuelven,
Y á su prision le vuelven
De donde salen pocos,
Mas de donde él saldrá sin duda alguna
Para dar por su pésima fortuna
En una jaula de hospital de locos.
¡Ay, pobre amante, cuyo amor tan raro
Te obliga á recatar tu triste vida
Con tu razon, y en tu razon perdida
Tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,
Que al hospital del calabozo pasa,
Cuanto le cuesta caro
El hospedaje de su nueva casa!

III.

Eran seis años despues.
¿Quién diablos mentaba ya
Ni á la hermosa degollada,
Ni al loco del hospital?
Los bienes de la pupila
Gozaba el tutor en paz,
Y si á alguien pertenecian
No osaba de ellos hablar.

Que era el juez hombre de cuenta,
Y en sus manos ademas
Estaba el látigo puesto
De la justicia humazal.
¡Así las mas de las veces
Las cosas del mundo van!
Pero cortemos á tiempo
Esta charla lenguaraz,
Pues á los criticos toca
Maldecir y murmurar :
Pues tienen ya la costumbre
De encontrarlo todo mal,
Y yo á Dios gracias encuentro
Que bien este mundo va
Y... con mi cuento prosigo.
No lejos de la ciudad
De Córdoba, y de Sevilla
Sobre el camino real,
Había en mil setecientos
Año menos ó año mas,
Un famoso ventorrillo
Llamado del Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
Y con justicia en verdad,
Pues á la altura de venta
No supo nunca llegar.
Era una mansion cuadrada
Que con perfecta equidad
Cerraba en sola una pieza
Cocina, cuadra y pajar.
Es decir que el ventorrillo
Era, hablando en realidad,
Un portal que á duras penas
Pudiera ser palomar,
Donde á comer ni á dormir
Se han detenido jamás
Sino pobres peregrinos,
Mendigos ó gente tal.
En una tarde de marzo,
Y, como dicho se está,
Del año mil setecientos,
Del ventorrillo al umbral
Dos mancebos platicaban
De continente galan.
Lloraban de gozo entrambos
Hablandose con afan,
Y tiernamente abrazándose
Y tornándose á abrazar,
Dándose pruebas continuas
Del cariño mas cordial,
Preguntando y respondiendo
Sin dejarse respirar.

El Uno. ¿Con que de Florencia?

El Otro. Sí.

El Primero. ¿Bueno del todo?

El Segundo. No á fé;

Por mas que lo procuré

Jamás me restablecí.
Muy débil quedóme el juicio,
Y hay, Federico, ocasiones
En que tengo distracciones
Que parecen maleficio.
Mas del trabajo á favor
Mi cuerpo se robustece
Cada día, y me parece
Que voy de bien á mejor.

Federico. ¿Con qué trabajas?

El Otro. Me afito.

Federico. ¿Y utilidad te reporta
Tu trabajo?

El Otro. Nada corta,
Que estudié mucho y no en vano.

Federico. Siempre te fué la escultura
Arte predilecto.

El Otro. Nombre
Y honra me dió, y soy otro hombre
Desde mi fatal locura.

Federico. ¿Mas cómo fué de ese mal
La curacion?

El Otro. Muy sencilla;
Al año y medio en Sevilla
Me echaron del hospital.
Dijéronme... vuestra cura
Se acabó y...

Federico. ¡Pobre Genaro!

El Otro. Yo, viéndome sin amparo,
Acógime á mi escultura.

En los seis meses primeros
Viví con suma escasez,
Mas dióme una obra en Jerez
Unos pocos de dineros.

Con ellos á Italia fui,
Y allí menos importuna
Mi desdicha, hice fortuna;
Mas me punzaba ¡ay de mí!
El deseo de volver
A mi patria de tal modo,
Que al fin lo he dejado todo
Sin poderme contener.

Dijeme: tengo algun oro
Y alguna celebridad,
Volvamos á la ciudad
Donde está cuanto yo adoro.

Y héme aquí ya, Federico,
Que vuelvo al fin á Sevilla
Con mi escasa fortunilla,
Y el arte á que me dedico.

Federico. Contigo allí me tornara
De buena gana en verdad,
Si urgente necesidad
Volverme no me estorbara.

Pero mi madre me espera
Que á morir próxima está,
Y tal vez no llego ya
Tan pronto como quisiera.

El Otro. Pues, Federico, adelante
Nuestro camino sigamos,
Que á tu madre la robamos
Un consuelo en cada instante.
Parte y que te ayude Dios.

Federico. Si un día á vernos volvemos...

El Otro. ¡Oh! no lo dudes, seremos
Hermanos siempre los dos.
Tú encarcelado por mí
Sufristes...

Federico. No hablemos de eso,
Si estuve dos años preso
Fué sin culpa, y ya salí.

El Otro. Siempre generoso amigo.

Federico. Y siempre tuyo, Genaro,
Pronto á partir sin reparo
Cuanto posea contigo.

—
Y aquí con lágrimas tiernas
Se tornaron á abrazar,
Tomando con su caballo
Su camino cada cual.

Y creo, lector discreto,
Que no necesitas mas
Para saber quiénes eran
El que vuelve y el que va.

Sin embargo, si con esto
Aun satisfecho no estás,
En lo que queda de historia
Puedes el fin encontrar.

IV.

En vano seis largos años
En tierra estraña de ausencia
Genaro entre las memorias
Puso de su edad primera;
Que las sombras que le manchan
El cuadro de su existencia,
Cuanto mas tienen de antiguas,
Tienen de firmes y negras.
El bello sol de la Italia
No pudo desvanecerlas,
Porque las sombras del alma
La luz del sol no penetra.
Mientras entregado al arte
Vivió Genaro en Florencia,
Adormidos sus recuerdos
Se hicieron sentir apenas.
Débiles fueron sus ayes,
Cortas sus sentidas quejas,
Porque el tiempo y la distancia
Mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas,
Entre torvas y halagüeñas,
De sus antiguos pesares

Le asaltaban las ideas,
Mas cual de cosas pasadas
Se le ocurrian inciertas,
Sin verdadero carácter
Y sin forma verdadera.
Aquella frondosa quinta
Entre cuya doble reja
De Valentina alcanzaba
La peregrina cabeza,
Era un recuerdo amoroso,
No una aparicion siniestra,
Era un manantial fecundo
De deliciosa tristeza.
No via el semblante amado
Sobre la gola sangrienta
Pidiendo á voces venganza,
No, que amorosa y risueña
Se presentaba á sus ojos
Su Valentina hechicera,
Como la noche en que pudo
Bajo su ventana verla.

Y aunque jamás de su alma
Borrarse la imagen pueda,
Como un amuleto místico
Mantiénesse dentro de ella,
Y su espíritu acompaña,
Mas conformidad perpetua
Guarda con él, y aunque triste,
Su espíritu no atormenta.
Y cuanto menos horribles
De sus memorias le cercan
Las visiones, cuanto mas
Se debilitan y atenuan,
Mas de su antigua locura
Las fatales consecuencias
Desaparecen, y logra
Su ánima calma completa.
Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,
Donde la gente y la tierra
Cuanto mira y cuanto siente
De sus memorias le aleja.
Mas al entrar en Sevilla
Donde todo le recuerda
Sus infortunios pasados,
Se acrecentaron sus penas.
Tornó á ser de sus memorias
Insensiblemente presa,
Y á trastornarse tornaron
Débilmente sus ideas.
Al pararse de la cárcel
Ante las guardadas puertas,
Recordósele la causa
Por que fué encerrado en ella.
Al pasar del hospital
Ante la fachada estérna,
Estremeciése al recuerdo
De su abandono y miseria.
Y aquella frondosa quinta

A cuya reja en Florencia
De Valentina alcanzaba
Sonriendo la cabeza,
Tornábasele en espejo
De apariciones siniestras,
Que trastornaban la suya
Con sus miradas horribles.
Huérfano y desconocido
Genaro en Sevilla entera
(Pues hoy se oculta indolente
Y antes no célebre en ella),
Sin un amigo tan solo
Que distraerle pudiera,
Pasa su vida ignorada
En soledad y tristeza.
Y si habla es con Valentina,
Con Valentina si sueña,
Por Valentina si vive,
Y á Valentina si reza.
Si día y noche afanado
Mármol desbasta y modela,
A Valentina los trazos
De su cincel representan.
Ni piensa en su porvenir,
Ni en las relaciones piensa,
Que pueden, fama lográndole,
Honor lograrle y hacienda.
En poco estima la gloria,
Y en menos su vida aprecia,
Y abandonado á sí mismo
No ve lo que la rodea.
En una mezquina casa
De una oscura callejuela
Junto á la muralla vive,
De la quinta la mas cerca.
El camino de Carmona
Continuamente pasea
Desde la puerta á la quinta,
Desde la quinta á la puerta.
Tal vez volviendo á deshora
El muro cerrado encuentra,
Y al raso pasa la noche,
Pues en el campo se queda.
¡Pobre Genaro! En su pecho
Con su soledad funesta
Al fuego de las memorias
Su amor antiguo fermenta.
Y así tal vez poco á poco
Su mente se desordena,
Su cuerpo se debilita,
Y sus manías empiezan.

V.

Mayo espiraba: y su postrero día
Entre nubes de azul púrpura y grana
La cenicienta claridad tendía
De la primera luz de la mañana.

Para gozar sus rayos bienhechores
 Entreabrian sus cálices las flores,
 Manso alzaban las ráfagas murmullo
 En la hojarasca espesa,
 Variando de la luz los mil colores,
 Y á su tranquilo arrullo
 Despertaban los pardos ruiseñores.
 Todo era calma, resplandor y vida
 Por la fértil llanura,
 Y la tierra en las sombras adormida
 Tornaba á despertar juvenecida,
 Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.

Del oscuro aposento de Genaro
 Por la estrecha ventana,
 La claridad temprana
 Penetrando pacífico y tranquila,
 Hirió, cobrando resplandor mas claro,
 Del desvelado mozo la pupila.

Tal vez, cansado de nocturna vela
 O de afanosos sueños agitado
 La recoge el mancebo alborozado,
 Con ojo avaro y delicioso empeño;
 Porque la vista de la luz consuela
 Las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,
 Y abriendo de su reja mas maderas,
 Del puro firmamento vió un pedazo
 Al mirar á través de las vidrieras.
 Brotó en su labio celestial sonrisa,
 La lumbre del placer brilló en sus ojos,
 Y ante el único Dios, sumo é inmenso,
 De quien la gloria y magestad divisa
 Tras el azul estenso,
 Postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó á él embriagando sus sentidos
 El blando soplo de la fresca brisa,
 Y en ella los perfumes recogidos
 Al tocar en las ramas olorosas,
 Blancas acacias y encendidas rosas
 En los vergeles con abril floridos.
 Llegó á él el susurro deleitoso
 De los copados árboles vecinos,
 Donde el gorrion inquieto y receloso
 Pios lanzaba pretendiendo trinos.

Llegó hasta él el són de la campana
 Que el alba anuncia y á asistir convoce
 A su misa temprana,
 Y las pisadas rápidas ó graves
 De vecinos asaz madrugadores,
 Ya siervos, ya señores,
 Que abriendo puertas y volviendo llaves,
 Cumpliendo sus destino ó sus placeres,
 Iban á sus recreos ó quehaceres.

« Hermoso día, » murmuró Genaro,
 Y al avanzar su cuerpo á la ventana,
 En talante le vino
 La hermosura gozar de la mañana.

Vistióse pues alegre y presuroso
 Y al campo ameno enderezó el camino.

De la ciudad atravesó la puerta
 Vecina á su mansión, como solía
 Siempre que de ella cada vez salía,
 Con perezoso paso y ruta incierta.
 Mas tomó como siempre ancho sendero
 Que á la quinta fatal conduce y guía,
 Donde tuvo y perdió su amor primero.

Cuanto por él sus piés adelantaban,
 Mas los recuerdos de su amor crecían,
 Y en su fiel corazón se revelaban,
 Dó escondidos vivían.
 Sus ojos avarientos
 Por cima de los olmos corpulentos
 Ansiaban alcanzar el edificio
 Donde tuvo su amor templo y sepulcro,
 Donde fué de su amor el sacrificio;
 Y en la lejana matinal nieblina,
 Que huyendo al sol turbaba el horizonte,
 Imaginaba sobre el pardo monte
 La blanca aparición de Valentina.

El infeliz mancebo
 En su ilusión dichosa
 De nueva fé con el impulso nuevo,
 Con sonrisa amorosa
 Los bravos ¡ ay! á la vision tendía,
 Y palabras de amor la dirigía,
 Mas al ir á abrazar tanta belleza,
 Desvanecido su fantasma vano
 Le presentaba su delirio insano
 Su ensangrentada y livida cabeza.
 Entonces descarriado el pensamiento,
 Y su mente en sus juicios mal segura,
 Vacilaba un momento,
 Y volvía un momento á su locura;
 Y ciego y delirante

Se lanzaba veloz por la llanura,
 Y en esta situación tan congojosa,
 Alguna vez de su perdida hermosa
 La cabeza fatal le iba delante.
 Hasta que al fin rendido á su fatiga
 Donde mas no podía se sentaba,
 Y en penoso letargo reposaba,
 Y á su juicio volvía:
 Aunque siempre quedaba
 Presa infeliz de su fatal manía.

En posición tan triste,
 Con tales enemigos interiores
 Y en hora tan temprana,
 Paseaba Genaro esta mañana
 Por campiña feraz que mayo viste
 De césped blando y de silvestres flores.
 La alegría y belleza

Que ostenta por dó quier naturaleza
 Sus negros y continuos pensamientos
 Disipa, de sus íntimos tormentos
 Su corazón librando y su cabeza.

Dulce melancolía
 Prueba su corazón tan solamente,
 Y dulce y melancólica memoria
 De su amorosa historia
 Guarda y halaga su tranquila mente.
 Las palabras sabrosas
 Recuerda que su amada
 Le dirigió amorosas

En la ciudad, la reja ó la enramada:
 Ya en misteriosa cita,
 Ya en cariñosa carta,
 O en oculta visita,
 Que alna de amante en amorosa cuita,
 De memorias de amor nunca se harta.
 Y así exhalando en apenado acento
 Las ideas del triste pensamiento,
 Las reducía á voces
 De nadie oídas, y del suave viento
 Perdidas en las ráfagas veloces.

— « ¡ Ay, Valentina mía,
 A quien espero en vida mas dichosa
 Encontrar otra vez, y en mejor día!
 Solo de esta esperanza
 La luz en la existencia me mantiene,
 Y solo este consuelo
 A darme fuerzas y valor alcanza
 Para creer en la equidad del cielo.

¡ Ay! ¡ qué fuera de mí si esta creencia
 Dentro del corazón se me apagara,
 Y contigo gozar nunca esperara
 Mas larga y mas feliz otra existencia!
 Imposible. Ese Dios de cuya mano
 Brotó la creación y en un instante
 La alumbró con su soplo soberano,
 Ese sol encendiendo rutilante:
 Ese Dios cuyo afán, cuyo cariño
 Paternalmente cuida

Del imperfecto sér que nace niño
 Sin medios de guardar su débil vida;
 Que el camino señala á los torrentes
 Lo mismo que á los limpidos arroyos,
 Abriendo á sus vertientes
 Sulcos escasos ó profundos hoyos;
 Que da á los mares y á los campos galas
 Y esquisitos primores,
 Criando en sus espaldas y en sus senos
 Peces los unos, y los otros flores,
 Perlas aquellos, nácar y corales,
 Y estos rosas y pródigos frutales,
 Ambos de vida y de hermosura llenos:
 Ese Dios que en los cóncavos espacios
 De los aires sutiles

Los astros y las aves sembró á miles,
 Y en las noches oscuras
 Sostiene con lazadas de topacios
 Su pabellón azul en las alturas;
 Que para igual destino hizo perfecto
 El corazón del hombre y del insecto,

Que en ambos puso del amor la llama,
 Y, al darlos una hermosa compañera
 Al hombre y al insecto dijo: ¡ Ama:
 Tuya es mi creación, gózala entera!
 Ese Dios que con término y medida
 Su señalado imperio
 Marcó á la muerte y concedió á la vida,
 Con leyes de oscurísimo misterio;
 Es imposible que lo mismo mida,
 Y concluya lo mismo
 Con la flor ó el insecto
 Que vive ó que vegeta
 Sin otra liga que el nativo afecto
 Que á la tierra y raíces les sujeta,
 Y con el hombre á quien fatal destino
 De su dicha terrena
 De abrojos y pesar siembra el camino.
 Es imposible, no. — Cuando él enciende
 En el hombre el fanal de la esperanza,
 Mas noble porvenir darle pretende,
 Dicha mas perenal al hombre alcanza. »

En estos pensamientos embebido,
 Se alejaba Genaro de Sevilla
 Por sendero escondido
 En la umbría enramada,
 Y de un arroyo por la amena orilla
 De césped tapizada.
 Y absorto en sus ideas de esperanza,
 Y seguro en la fé de su destino,
 De un porvenir de amor y bienandanza
 Seguía, sin pensar en su camino,
 A pasos avanzando desiguales,
 Ya rápidos ya lentos,
 Que ciertas daban, á mi ver, señales
 De su desigualdad de pensamientos.

Alzó por fin los ojos
 Tras largo andar, oyendo [truendo,
 De agua cercana y mucha el roncó es-
 Y entre espesos abrojes
 Y antiguas yerbas que á su par brotaron
 Una arruinada ermita vió delante,
 Que, ya de largos años olvidada,
 Las lluvias y los vientos maltrataron.
 No lejos de sus restos esparcidos
 De musgo y de maleza revestidos,
 Y de impuros reptiles habitados,
 Guadalquivir corría,
 Y al monumento viejo
 En su fondo de arenas ofrecía
 Claro y seguro, aunque voluble espejo;
 Mostrando cuanto son breves y vanas
 Las fortunas mundanas.

Aun quedaba en un nicho
 Sobre la angosta puerta
 Una imagen del santo su patrono,
 Y en la capilla lóbrega y desierta
 Un giron del dosel dó tuvo un trono.
 Aun del altar al pié podía verse

Inscripcion imposible de leerse,
Nombres del fundador que allí yacia,
Sepultura olvidada
Como otras muchas que en redor tenia.
Contempló su interior un breve instante
Genaro, y á partir se disponia
Cuando delante de sus piés, vacía,
De la nada humanal leccion severa,
Destroncada en el polvo
Halló una solitaria calavera.

Palideció Genaro en su presencia
Y su fé vaciló, y la duda amarga
Se alzó en su corazon, y en su conciencia.
« ¿Y es esto, dijo, tras de vida larga
En lo que pára al fin nuestra existencia?
¡Ay de los hombres si esto solamente
Les queda de su espíritu y esencia! »

Y esta idea girando
En su mente exaltada
De una en otra induccion le fué llevando
En lucha pertinaz consigo mismo
Al tenebroso abismo
De una duda infernal desesperada.

« Si esto somos no mas, triste decia,
¿Qué es de nosotros, Valentina mia?
Purísima inocente criatura,
Del Hacedor privilegiada hechura,
Que en opresion viviste y en tormento,
¿Qué premio alcanza tu virtud segura?
¿Qué consuelo á tu vida de amargura
Si eres polvo no mas que esparce el viento? »
Y esta idea fatal le amedrentaba
Y á esta idea fatal desesperaba.

Con temblorosa mano
Y con ojos de lágrimas henchidos
Sostenia y miraba al resto humano,
Cuya faz por el polvo consumida,
Falta de voz, de aliento y de sentidos,
No podia decirle para ayuda
De su espantosa duda
El mas allá de la afanosa vida.

Al fin con voz doliente y lastimera
Dijo, al polvo volviendo
La seca calavera :
« ¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo
Y por quien sér del Hacedor recibo
Memoria fueras, último despojo,
Calavera espantosa,
Con cuán sagrado afan te recogiera!
Noche y dia llevándote conmigo,
Idolo de mi fé por donde quiera
Tú fueras siempre de mi amor testigo,
Tú de mi soledad la compañera,
Tú en mi desolacion mi único amigo. »

Y fijando tristísima mirada
En el despojo yerto,
Quedó su alma un instante anonadada
En la duda por nadie penetrada

Del porvenir incierto.
Hasta que al fin lanzando
Hondo suspiro del doliente pecho,
Volvió á decir, pisando
De la capilla en el umbral estrecho :
« Quédate á Dios, giron desconocido,
Y si cerca de ti viene algun dia
El desolado espíritu perdido
Que en tu centro vivia,
Dile que busque al de mi amante hermosa
En la region oscura y misteriosa
Donde van los espíritus que tiran
La cáscara mortal que les encierra
En su penoso viage por la tierra.
Dile, dile que busque á Valentina,
Y postrado de hinojos
Ante su faz divina,
Mi soledad la cuente y mis enojos.
Di que la ruegue por cuanto haya caro
En la region del firmamento bella
Que venga alguna vez de su Genaro
A acrisolar la fé que estriba en ella.
Que cruce el aire azul diáfano y raro
Desprendida en la luz de alguna estrella,
Y aunque en sueños no mas me dé segura
Una prenda real de su ventura. »

Y así diciendo el infeliz mancebo
Con tales ilusiones trastornado,
Saliendo del santuario abandonado
Su camino á emprender volvió de nuevo.

VI.

De la noche de aquel dia
En muy avanzada hora
Tranquilamente Genaro
Del sueño en brazos reposa.
Ningun fatigoso ensueño
El corazon le acongoja
Ni le contrista la mente
Vision atormentadora.
Su respiracion serena,
Que igualmente aspira y toma
Con medidos intervalos,
Con inflexiones monótonas,
La paz de que en tal momento
Su triste espíritu goza
En la soledad nocturna
Bien claramente denota.

Está la noche nublada
Y estremadamente lóbrega,
Y el resplandor de la luna
Vapores densos ahogan.
Y está su aposento oscuro,
Aunque su ventana angosta
Abierta deja Genaro
Pues le despierta la aurora.

Ni un solo rayo atraviesa
Por las infinitas bocas
Que ofrece á la luz y al aire
La única vidriera rota.
Porque abismado en sí mismo
Genaro su arte abandona
Y en el abandono vive
Desconocidas sus obras :
Pues, sin otra compañía
Que sus pesadumbres propias,
Con sus pesadumbres vive
Y sus pesadumbres llora.
Y presa de estos pesares
Que su corazon agobian,
De la escultura olvidado,
Sin emulacion, sin gloria,
Sus ahorros de Florencia
Rápidamente se agotan :
Y en una palabra, vive,
Mas con la miseria próxima.

Tal es en este momento
La situacion lastimosa
Del escultor, y tal era
En estas nocturnas horas
El reposo en que yacia,
Cuando aldabada sonora
Dada en su puerta, los ecos
Estremeció de su alcoba.

Abrió los ojos pesados,
Tendió la mirada atónita
Por cuanto en torno tenia,
Mas todo en torno era sombra.

La idea de la aldabada
Aclaróse en su memoria
Tras breve instante de atenta
Reflexion calculadora.
« Jurara que habian llamado,
Dijo entre sí, mas ¿qué importa?
Añadió luego, sin duda
Que de puerta se equivocan,
Número tiene la casa,
Conque que busquen la otra. »
Y al sueño tornó á aprestarse
Envolviéndose en la ropa.

Mas no bien hubo en su lecho
Tomado postura cómoda,
Cuando segunda aldabada
Hirió su puerta, y siguióla
La tercera á breve espacio
Con lo que al fin montó en cólera.
Saltó irritado del lecho
Y asomóse con faz torva
Por la ventana exclamando
Con voz enojada y bronca :
« Quién es, á quién diablos busca, »
Y otra voz dulce, armoniosa
Como el rumor de las aguas
Y el murmullo de las hojas

« Yo, » dijo desde la calle,
A cuya silaba sola
En las venas de Genaro
Helóse la sangre toda.

Con ambas manos asidas
De su ventana ambas hojas,
Inclinada la cabeza
Para que mas prestos oigan
Sus oídos, fijo, inmoble
Tras la reja, fatigosa
La respiracion lanzando
Por la mal cerrada boca,
Con los espantados ojos
Saltándole de las órbitas,
Como escuálido fantasma
Que miedo infantil aborta,
Quedó en su reja Genaro
Sin voluntad que le acorra,
Dudando si es pesadilla
De sueño que le acongoja.
Así pasó unos momentos
Y pasara muchas horas
A no venir á sacarle
De su hondísima zozobra
Otra aldabada cuyo eco
Vibró en los espacios ronca.
Huyósele de los labios
Involuntaria y dudosa
La pregunta de ¿quién llama?
Tan imperceptible y ronca
Que casi en sus labios mismos
El aura voraz tragóla.
Mas como si hubiera sido
Dicha con voz tan briosa
Que en grito rayado hubiera,
Obtuvo respuesta pronta.
Obtuvo un Yo soy, GENARO,
Dicho con tan deliciosa
Modulacion, que mas era
Música embelesadora.
Era una voz de cuyo eco
Las desconocidas notas,
En vez de ahogarse en el aire,
Armonizaban la atmósfera.
Estremecidas las auras
Las llevaban de una en otra
En círculos infinitos,
En interminables ondas.
Y unos en otros nacian
Como unos tras otros brotan
Del agua en la superficie
Cuando se quiebra ó se toca.
Era una voz que se oía
Limpia, argentina, sonora,
Vagando por los espacios
Y atravesando las sombras,
Lo mismo á inmensa distancia
Que á la distancia mas próxima,